

CARACARROÑA

a Juan Jiménez

Lo vieron adentrarse esa noche en los tarajales, por el oeste, al final del arenal, donde estaban instaladas las casitas de Irma la húngara, la lesbiana que regentaba una pandilla de muchachas del sur idas a menos. A la mañana siguiente apareció lívido, entre las olas, con una cara encarroñada por el alcohol y las huellas de la pendencia. Una soga deshebrándose alrededor de su cuello evidenciaba, en un primer momento, las circunstancias de una muerte cercana.

Entró indolente como todas las noches, con una falta de afeitado pringosa, embrutecido en sus facciones, con los ojos más atrás que nunca. Como tantas veces, parecía acorralado en el sigilo y apenas sus palabras se dejaban oír. A través del espesor, las distintas músicas de las pequeñas edificaciones se mezclaban y cierta calina deambulaba rasante, indecisa.

Su caminar laxo era ya conocido, una especie de sombra a la que una se acostumbra y llega a echar de menos en ocasiones. Un día, hundido ya en la memoria, había oído hablar de su vida; algo contaron de un matrimonio perdido, cosas sueltas, emanadas mitad de la realidad otro tanto de la leyenda que provoca toda inmundicia que se dedica a dejarse morir por estos barrios.

Yo lo conocí en lo de Irma. Su carnosa y sonrosada humanidad lo protegía a menudo de los pelcones de por aquí; era un blanco ideal para las borracheras mal asimiladas, todos descargaban con él. Cualquiera de ellos pudo hacerlo, cualquiera.

Irma, Kollalti, Ergandora y yo, tirábamos los anzuelos simultáneamente desde El Risco, esa tarde de su entierro; ellas despreocupadas, miraban al mar y se cruzaban caricias y hociqueos, espiando de cuando en cuando, descaradamente, la turgencia de mis pechos y mis pantaloncitos raídos.

Por la noche comenzaron a llegar los sports, algunos mercedes, uno que otro mustang; señoras que escondían sus inclinaciones durante la jornada y acudían en busca de la cachondez engolfada de la profesional, sedientas de las mercantilizadas posturas lascivas de las compañeras engordadas en la desgana.

También algunos hombres rebotados recalaban en lo de Irma la dulce, la bella, Irma grande del arenal, como la eternizó una coplilla espontánea. Una botella de whisky rellena tantas veces en el escondrijo, convocaba a menesterosos y mandaderos del centro de la Mutadelsa, frailones y maricas, peleones achulados, betuneros y enceradores de oficina, alcohólicos ancestrales y drogadictos intrasgredibles. Irma era de todos.

Irma, madre de la trastienda, era la broma y el halago, el favor y el escarmiento. Hombres que perpetuaban sus miradas en el juego carnal de las amantes, que dividían su vida entre el trajineo marrullero, la vagancia profesionalizada o la autodestrucción asumida.

Eran los restos de la cuarta generación, devastados en sus partes, carcomidos por la ladilla o la emasculación lenta del alcoholismo y la demencia.

Contaron que su cuerpo fue enterrado desnudo, con la violencia presente en sus rasgos desmesurados de ansias de seguir viviendo, mezclado con la tierra caliente de aquella primavera. Su muerte arrastraba las conversaciones, aunque apenas se nombró a Rubén el sirio, arrinconado maltrecho en los paredones limítrofes, con las cerdas acechantes sobre su frente grasienta, percibiendo en la costanera el paso indeciso de la sombra caída la última noche, deglutiendo el silencio de la espera. Nadie, sin embargo, lo había mencionado, nadie aún lo había mirado con recelo. Todos habían desterrado de sus mentes siquiera la posibilidad de que hubiese podido pasar. Casi por mandato no podía haber duda de la imposibilidad del amor entre los sexos: yo seguiría cohabitando el marco estrecho de mis relaciones con Irma. Cabía la constancia de que nada había cambiado, de que nada nunca pudo ocurrir.

Apareció puntual la clientela hambrienta, se dispusieron lechos y ánimos, comenzaban a emanar las mucosas, horboteaban los horhorigmos en las entrañas, las contracciones y los silbantes comentarios de las ofertas por bajo.

Los hondos silencios, repartidos alrededor de su desgracia, no lograron desviar las intenciones primitivas, salvajemente masticadas en la supuesta ignorancia colectiva, de la joven Pili la de Irma. Su efímero conocimiento de aquel mundo ahogado entre los acantilados, no la restituyó a los viejos placeres de la pubertad; una repugnancia recorría su vientre en cada relación con la enorme, cariñosa, criatura. El sirio, saliendo adormilado de la ciudadela, apartando pesado los andrajos tendidos de puerta a puerta sobando un cigarrillo aplastado y húmedo por el vaho enervante; el rostro ennegrecido con una barba oleaginosa por las pesadillas nocturnas y el descuido, era una figura plantada en su imaginación infantil. La cotidianidad reñía con la obsesión sin vencerla; por el contrario, el paso de los días cimentaba y cimentaba un proyecto que había llegado desvanecido, incompleto, para irse incubando en el odio y el afán de venganza, paralelamente a la idealización paulatina de la inusitada experiencia cercana.

Regresaba callado, donde el agua apenas mojaba ya la arena caliente, la acariciaba como un perro agradecido y le hablaba sin que pudiese entender, gesticulaba cansado ayudándose de unos ojos propicios, con un brillo increíble de locuacidad que traspasaba sus conciencias, sus miradas, ateridas ante la consecución del pecado decretado en el barrio comunero. Lo veía marchar, alejándose despacio y aconsejándole el silencio infinito, teñido del mal olor de las algas pútridas y el roce de los callaos contra los callaos, sobando sus superficies cíclicamente.

La interrupción de las averiguaciones precipitó decididamente el caso en el olvido. Irma congeló las reyertas durante meses y al cabo del tiempo la normalidad era regla en la asistencia de las clientes.

Pero la creciente ulceración se deslizó impasible hacia el exterior de sus labios secretos, desoyendo los lavados diarios con el salitre condensado; la llagadura enrojecía una y otra vez, tras el paso del inexorable orín, llevándola a convulsiones menos disimulables. Irma la desgarró en una noche de amor inusitado. Descubrió en su joven compañera la íntima correspondencia del placer y el dolor, bañando en su sangre las ansias imposibles de su pertenencia reclamada, de forma más insistente desde ese mismo momento. Sus quejas se convirtieron en invitaciones lascivamente interpretadas, hasta que la juventud de su cuerpo se engusanó por completo una mañana reseca y polvorienta, nublándose sus ojos para siempre con el abrazo de la pus.

Irma había dejado de abordarla desde hacía algunas noches y entre sus gentes esto se recibió con temor.

La evidencia había vencido la imposibilidad anidada en el arenal: el hombre envuelto ahora desnudo en la tierra se había posesionado de la virginidad de la discípula predilecta, acurrucada en el favor; por primera vez se habían violado las leyes sombrías de las posesiones de Irma. El sirio, de nuevo, salió fumando, con tranquilidad, bajó por los barrancos del Lomo Castro y se internó, por el oeste, entre las plantas lacrimosas, pisoteándolas impávido, destronchando los arbustos chirreantes, orientado magnéticamente hacia el cobijo.

JUAN MANUEL GARCIA RAMOS